

RELATOS CORTOS

TOMO I

ANTON CHEJOV

INDICE:

- 1.- El canto del cisne.**
 - 2.- El Estudiante**
 - 3.- El talento**
 - 4.- En el Campo**
 - 5.- Gente sobrante**
-

El canto del cisne

Anton Chejov

PERSONAJES

VASILII VASILIEVICH SVETLOVIDOV
actor cómico. Viejo de sesenta y ocho años.

NIKITA IVANICH
apuntador. Otro viejo.

La acción tiene lugar por la noche, en el escenario de un teatro de provincia, y después de terminado el espectáculo.

Acto único

Escenario vacío de un teatro de provincia de segundo orden; a la derecha una hilera de puertas, toscamente construidas y desprovistas de pintura, abren sobre los camerinos. Todo el plano izquierdo y el fondo aparecen llenos de trastos viejos. Caído en el suelo en el centro del escenario hay un taburete.

Es de noche y reina la más completa oscuridad.

ESCENA I

SVETLOVIDOV, vestido de Kaljas y con una vela en la mano, sale riendo del camerino.

SVETLOVIDOV

-¡Vaya historia!... ¡Vaya bromita!... ¡Me quedé dormido en el camerino!... ¡La función terminó hace tiempo, todo el mundo se fue

del teatro, y yo me dormí tan tranquilo!... ¡Ah, viejo chocho..., viejo chocho!... ¡Eres un viejo perro!... ¿Conque bebiste hasta el punto de dormirme sentado?... ¡Muy bien! ¡Te felicito! (Alzando la voz.) ¡Egorka! ¡Egorka!... ¡Diablo!... ¡Petruschka!... ¿Os habéis dormido, cien diablos y una bruja?... ¡Egorka!... (Levanta el taburete, se sienta sobre él y pone la vela en el suelo.) No se oye nada. Solo contesta el eco... ¡Es claro!... ¡Egorka y Petruschka cobraron hoy de mí, por sus afanes, tres rubios cada uno, y ahora ni echándoles perros puedes dar con ellos... ¡Los muy canallas se largaron, cerrando, seguramente, el teatro al salir!... (Moviendo la cabeza.) ¡Uf!... ¡La de vino y cerveza que me habré echado hoy al estómago para festejar mi beneficio!... ¡Dios mío!... ¡Me parece tener el cuerpo lleno de brasas y veinte lenguas pasando la noche en mi boca!... ¡Qué asco!... (Pausa.) ¡Qué tonto! ¡El viejo tonto se emborracha sin saber él mismo para qué!... ¡Uf!... ¡Dios mío!... ¡Me duele la calamocho, estoy tiritando con todo el cuerpo, y tengo en el alma el frío y la

oscuridad de una bodega!... ¡No sientes lástima de tu propia salud y, por lo menos en la vejez..., deberías pensar, bufón Ivanich!... (Pausa.) ¡Vejez!... ¡Por mucho que se haga uno el valiente, que se engañe a sí mismo y no quiera enterarse..., la vida ya está vivida! ¡Sesenta y ocho años es una edad respetable!... ¡A los años no se les puede hacer volver! ¡Se ha agotado ya el contenido de la botella, y solo queda un poquito en el fondo!... Pero ¡eso que queda son posos!... ¡Así es! ¡Así es, Vasiuscha!... ¡Lo quieras o no, ya es hora de que empieces a ensayar el papel de muerto! ¡La madrecita muerte no está ya lejos!... (Mirando frente a él.) ¡Llevo cuarenta y cinco años trabajando en el teatro, y se me figura que hoy es la primera vez que le veo por la noche!... ¡Sí!... ¡La primera vez!... ¡Es curioso! (Acercándose a las candilejas.) No se distingue nada. Un poco solamente la concha del apuntador... También el palco proscenio..., el atril... Pero todo el resto son tinieblas!... ¡Lo mismo que un hoyo!... ¡Negro y sin fondo!... ¡Como una tumba en la que se escondiera la misma

muerte, brrrrr!... Tengo frío... El aire de la sala parece venir de una chimenea de piedra... Resulta mas adecuado para convocar los espíritus. ¡Qué miedo, diablos! ¡Siento un hormigueo por la espalda! (Llamando.) ¡Egorka! ¡Petruschka!... ¿Dónde estáis, diablos?... ¡Dios mío!... ¿Por qué me habré acordado del maligno?... ¡Ay!... ¡Dios mío!... ¡Lo que tienes que hacer es dejar de emplear palabras así!... ¡Tienes que dejar de beber!... ¡Eres viejo y ya es hora de que te mueras!... ¡A los sesenta y ocho años, la gente va a misa temprano! ¡Se prepara para la muerte!... ¡Tú, en cambio!... ¡Oh Dios mío!... ¡Esas palabras malignas! ¡Esta carota de borracho! ¡Este traje de bufón!... ¡Ojalá no los vieran más mis

ESCENA II

SVETLOVIDOV y NIKITA IVANICH

SVETLOVIDOV

-(Lanzando un grito de espanto al ver a NIKITA IVANICH, y retrocediendo.) ¿Quién

eres? ¿Por qué vienes? ¿A quién buscas?
(Dando patadas en el suelo.) ¿Quién eres?

NIKITA IVANICH

-Soy yo, señor.

SVETLOVIDOV

-¿Y quién eres tú?

NIKITA IVANICH

-(Acercándosele despacio.) Soy yo... El apuntador... ¡Nikita Ivanich!... ¡Soy yo, Vasil Vasilich!

SVETLOVIDOV

(Dejándose caer sin fuerzas sobre el taburete, con la respiración fatigosa y un temblor en todo el cuerpo.) ¡Dios mío!... ¡Quién es!... ¿Conque eres tú, Nikituschka!... ¿Por qué estás aquí?

NIKITA IVANICH

-Suelo quedarme a pasar la noche en los camerinos..., pero..., ¡hágame la merced!... ¡No le diga nada a Aleksei Fomich!... ¡A fe mía que no tengo donde dormir!... ¡Crámelo!

SVETLOVIDOV

-¡Tú, Nikituschka!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Dieciséis veces me llamaron a

escena! ¡Me obsequiaron con tres coronas y otra porción de cosas!... ¡Todo el mundo estaba entusiasmado... y, sin embargo, no hubo un alma que tuviera la buena ocurrencia de despertar al viejo borracho y llevárselo a casa!... ¡Soy viejo, Nikituschka!... ¡Tengo sesenta y ocho años!... ¡Estoy enfermo! ¡Mi espíritu débil sufre!... (Reclina la cabeza sobre el apuntador y llora.) ¡No te vayas, Nikituschka!... ¡Soy viejo! ¡Estoy enfermo y ya es hora de que me muera!... ¡Qué miedo! ¡Qué miedo!...

NIKITA IVANICH.

-(Afectuosamente, pero en tono respetuoso.) De lo que es hora es de que se vaya a casa, Vasil Vasilich...

SVETLOVIDOV

-¡No me voy!... ¡No tengo casa!... ¡No, no y no!

NIKITA IVANICH

-¡Dios mío!... ¿Ha olvidado, acaso, dónde vive?

SVETLOVIDOV

-¡No quiero ir allí! ¡No quiero!... ¡Allí estoy solo, no tengo a nadie, Nikituschka!... ¡Ni

parientes, ni vieja, ni hijos!... ¡Estoy tan solo como el viento en el campo!... ¡Cuando me muera, nadie se acordará de mí!... ¡Me da miedo la soledad! ¡No tengo a nadie que me acaricie, que me dé calor, que acueste al borracho en la cama!... ¿De quién soy?... ¿Quién me necesita?... ¿Quién me quiere?... ¡Nadie me quiere, Nikituschka!

NIKITA IVANICH

-(Entre lágrimas.) ¡El público le quiere, Vasil Vasilich!...

SVETLOVIDOV

-¡El público se fue! ¡A estas horas está durmiendo y no se acuerda de su bufón!... Sí... ¡Nadie me necesita! ¡Nadie me quiere! ¡No tengo mujer ni hijos!

NIKITA IVANICH

-¡Vaya cosa que le da pena!

SVETLOVIDOV

-Pero ¡soy un hombre!... ¡Un ser viviente!... ¡Por mis venas fluye sangre, no agua!... ¡Soy noble de nacimiento y, antes de meterme en este hoyo, serví en el ejército... en artillería!... ¡Y qué buen mozo era! ¡Qué guapo!... ¡Qué hombre cabal, valiente e

impetuoso!... ¡Dios mío!... ¿Adónde fue a parar todo?... Y luego, Nikituschka..., ¡qué actor fui!... (Levantándose y apoyándose en el brazo del apuntador.) ¿Dónde están ahora aquellos tiempos?... ¿Adónde se fueron?... ¡Dios mío!... ¡Hoy, precisamente, mirando este hoyo, lo recordé todo!... ¡Él es el que ha devorado cuarenta años de mi vida!... ¡Y qué vida, Nikituschka! ¡Mirándola ahora, la veo toda entera, hasta en su último detalle, y tan claramente como tu cara!... ¡Primero, el entusiasmo de la juventud..., la fe, el ardor, el amor de las mujeres! ¡Las mujeres, Nikituschka!...

NIKITA IVANICH

-¡Debe marcharse a dormir, Vasil Vasilich!

SVETLOVIDOV

-De galán joven, cuando no había hecho más que empezar a calentarme, recuerdo que una mujer se enamoró de mí por mi talento escénico... ¡Era fina, esbelta como un sauce, joven, inocente, pura y ardiente como la aurora del estío!... ¡Ni la más bella noche podría resistir la comparación de la mirada de sus ojos azules ni de su sonrisa

maravillosa!... ¡Si las olas del mar quebrantan las rocas..., las ondas de sus cabellos rompían las peñas, las montañas de hielo y los montones de nieve!... Recuerdo un día en el que estaba ante ella, como estoy ahora ante ti... ¡Más maravillosa que nunca, me miraba de un modo que no olvidaré hasta la tumba!... ¡En sus ojos había cariño, terciopelo, profundidad y resplandor de juventud!... ¡Yo..., radiante... caí de rodillas ante ella pidiéndole que me diera la felicidad!... (Con voz que se apaga.) Me contestó así: «Deje el teatro.» ¡Dejar el teatro!... ¿Comprendes?... ¡Podía amar a un actor, pero nunca ser su mujer!... Recuerdo otro día en que estaba yo actuando... Hacía un papel de bufón... canallesco. Pues bien: mientras lo representaba, sentía abrirse mis ojos. Comprendía entonces que no hay tal sagrado arte, que todo es un delirio..., un engaño... ¡Que lo que soy es un esclavo, un juguete del ocio ajeno, un bufón, un titiritero!... ¡Comprendí al público y, desde aquel tiempo, no volví a creer ni en los aplausos, ni en las coronas, ni en los

entusiasmos!... ¡Sí, Nikituschka!... ¡El espectador me aplaude, paga un rubio por mi fotografía.... pero para él soy algo ajeno!... ¡Barro!... ¡Casi una «cocotte»!... ¡Por vanidad busca trabar conocimiento conmigo, pero no se humillará hasta el punto de darme a su hija o a su hermana por mujer!... ¡No creo en él!... (Sentándose pesadamente en el taburete.) ¡No creo en él!

NIKITA IVANICH

-Tiene usted muy mala cara, Vasil Vasilich... Hasta yo mismo tengo miedo... ¡Vámonos a casa! ¡Sea usted generoso!

SVETLOVIDOV

-¡Se hizo entonces la luz dentro de mí..., pero qué cara me costó esa luz, Nikituschka!... ¡Después de aquella historia..., de aquella muchacha..., me puse a vagar sin rumbo y a vivir sin sentido! ¡Sin mirar, al futuro!... Hacía de bufón, de gracioso, de payaso... Desmoralizaba las cabezas, pero... ¡qué artista era!... ¡Qué talento el mío!... ¡Enterré mi arte, lo vulgaricé, destrocé el lenguaje, borré mi propia imagen!... ¡Me devoró, me tragó ese hoyo negro!... ¡Antes no tenía

conciencia de ello; pero hoy, al despertarme y echar la vista atrás, vi a mi espalda mis sesenta y ocho años!... ¡Ahora veo sólo la vejez! ¡La canción está cantada!... (Solloza.)
¡La canción está cantada!

NIKITA IVANICH

-¡Vasil Vasilich! ¡Padrecito! ¡Querido!
¡Tranquilícese!... ¡Dios mío!... (Llamando.)
¡Petruschka! ¡Egorka!

SVETLOVIDOV

-¡Y qué talento el mío! ¡Qué fuerza!... ¡No
podrás nunca imaginar cómo era mi dicción!
¡Cuánto sentimiento y cuánta delicadeza
había en ella! ¡Cuántas cuerdas suenan en
este pecho! (Golpeándose.) ¡Podrían
ahogarte!... Escucha, viejo... Espera... Deja
que respire... Oye, por ejemplo, a «Boris
Godunov»...

¡La sombra del terrible prohíjome!
¡Desde la tumba me nombró Dmitrii!
¡En torno mío sublevó a las gentes
y sentenció por víctima a Boris!
¡Sol zarevich!... ¡Basta!
¡Me avergüenza el humillarme

ante una altiva polaca!...

¿Qué?... ¿Mal?... (Con animación.) Espera. Ahora verás «El rey Lear». ¿Te das cuenta?... Un cielo negro.... lluvia, truenos... Brrrr... Relámpagos..., sssss..., rayando todo el firmamento, y entonces: «¡Soplad, vientos, hasta reventar los carrillos; soplad con rabia! ¡Cataratas y trombas, diluviad hasta sumergir los campanarios y anegar las veletas, y vosotros, relámpagos, pensamiento y obra en destello, precursores de los rayos rajadores de encinas, abrasad mi cabeza blanca; y vosotros, truenos retembladores, aplastad la redondez de la tierra, quebrad los moldes todos de la Naturaleza y dispersad por siempre los gérmenes que dan vida a seres ingratos!» (Impacientándose.) ¡Pronto! ¡Las palabras del bufón! (Dando patadas en el suelo.) ¡Dilas deprisa!

NIKITA IVANICH

-(Recitando el papel de bufón.) «¡Ay, tío; sequedades bajo techado son preferibles a estas mojaduras puertas afuera! Vuelve, buen tío, y pídeles perdón a tus hijas; mira

que es una noche esta que no tiene compasión de los cuerdos ni de los locos.»

SVETLOVIDOV

-«¡Retumbe tu repleto vientre, escupe fuego, arroja agua! ¡Ni la lluvia, ni el viento, ni el trueno, ni el rayo son mis hijos; no os acusaré de ser crueles conmigo! ¡Oh elementos! Ni os di mi dinero, ni os llamé hijos, ni me debéis obediencia.»

NIKITA IVANICH

-¡Qué fuerza! ¡Qué talento! ¡Qué arte!

SVETLOVIDOV

-Veamos alguna cosa más... Algo para recordar los tiempos pasados. A ver... (Prorrumpiendo en alegre risa.) Del «Hamlet»... Empiezo... ¿Qué es lo que recito?... Esto: (En actitud de HAMLET.) «Ya están aquí las flautas... Dejadme ver una... Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas de todos lados.»

NIKITA IVANICH

-«Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también e inoportuno.»

SVETLOVIDOV

-«No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?»

NIKITA IVANICH

-«Yo no puedo, señor.»

SVETLOVIDOV

-«¡Vamos!»

NIKITA IVANICH

-«De veras que no puedo.»

SVETLOVIDOV

-«Yo te lo suplico.»

NIKITA IVANICH

-«Pero si no sé palabra de eso.»

SVETLOVIDOV

-«Más fácil es que tenderse a la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.»

NIKITA IVANICH

-«Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonías... Como ignoro el arte...»

SVETLOVIDOV

-«Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más agudo hasta el más grave de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer soñar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.» (Ríe y aplaude.) ¡Bravo! ¡Bis! ¡Bravo!... ¡La vejez!... ¡Qué diablos! ¡Aquí no hay vejez ninguna!... ¡Tontería todo!... La fuerza fluye tan rápida por mis tendones como el agua por la fuente!... ¡Esto significa juventud, frescor, vida!... ¡Donde hay talento, Nikituschka, no hay vejez!... ¿Estás aturdido, Nikituschka?... Espera... Déjame a mí también recobrar el sentido... ¡Oh, Dios mío!... Escucha esto... ¡Qué música, qué ternura, qué delicadeza!... Tsss. Silencio...

¡Queda es la noche ucraniana!

¡Transparente el cielo!

¡Brillan las estrellas!

¡Vencer su somnolencia,
no quiere el aire!

¡Las hojas del sauce de plata
apenas palpitan!...

(Se Oye ruido de puertas al abrirse.) ¿Qué es eso?

NIKITA IVANICH

-Petruschka y Egorka, seguramente, que habrán venido... ¡Es usted un talento, Vasil Vasilich! ¡Un talento!

SVETLOVIDOV

(Con fuerte voz y por el lado de donde llega el ruido.) ¡Aquí mis halcones!... (A NIKITA IVANICH.) ¡Vamos a vestirnos ¡No existe vejez ninguna! ¡Tontería todo! (Riendo alegremente.) ¿Por qué lloras?... ¡Tonto querido!... ¿Por qué haces pucheros? ¡Eso no puede ser! ¡No está bien!... ¡Bueno, bueno, viejo!... ¡Basta ya de mirarme así!... ¿Porqué mirarme de esa manera? ¡Bueno, bueno!... (abrazándole entre lágrimas.) ¡No se debe llorar!... ¡Donde hay arte y donde hay

talento, no hay ni vejez, ni soledad, ni enfermedades, y hasta la misma muerte parece otra! (Llora.) ¡No, Nikituschka!... ¡Nuestra canción está cantada!... ¡Vaya talento el mío!... ¡Lo que soy es un limón estrujado..., un clavo oxidado!... ¡Y tú, vieja rata de teatro, un triste apuntador!... ¡Vámonos! (Echa a andar.) ¡Vaya talento el mío!... ¡En obras serias, no sirvo más que para formar en el séquito de Fortimbrás! ¡Y aun para eso estoy ya viejo!... Sí... ¿Te acuerdas de este pasaje de «Otelo», Nikituschka?...

¡Adiós tranquilidad; adiós contento; adiós brillo marcial y vastas guerras que trocáis ambiciones en virtudes!
¡Adiós, adiós, relinchador caballo, clarín sonoro, excitador redoble del bélico tambor, pífano agudo, estandarte real, noble cortejo de pompas, vanidades y esplendores, inseparables de la lid gloriosa!...

NIKITA IVANICH

-¡Qué arte! ¡Qué talento!

SVETLOVIDOV

-Y esto también:

¡Fuera de Moscú!

¡Aquí no vuelvo más!

¡A escape voime sin volverme atrás
en busca por el mundo de un rincón
do refugiar el sentimiento herido!...

¡Mi berlina! ¡Que traigan mi berlina!...

(Sale seguido de NIKITA IVANICH. El telón
baja lentamente.)

FIN

El Estudiante

Anton Chejov

En principio, el tiempo era bueno y tranquilo. Los mirlos gorjeaban y de los pantanos vecinos llegaba el zumbido lastimoso de algo vivo, igual que si soplaran en una botella vacía. Una chocha inició el vuelo, y un disparo retumbó en el aire primaveral con alegría y estrépito. Pero cuando oscureció en el bosque, empezó a soplar el intempestivo y frío viento del este y todo quedó en silencio. Los charcos se cubrieron de agujas de hielo y el bosque adquirió un aspecto desapacible, sordido y solitario. Olía a invierno.

Iván Velikopolski, estudiante de la academia eclesiástica, hijo de un sacristán, volvía de cazar y se dirigía a su casa por un sendero junto a un prado anegado. Tenía los dedos entumecidos y el viento le quemaba la cara. Le parecía que ese frío repentino quebraba el orden y la armonía, que la Propia naturaleza sentía miedo y que, por ello, había oscurecido antes de tiempo. A su alrededor todo estaba desierto y parecía especialmente sombrío. Sólo en la huerta de las viudas, junto al río, brillaba una luz; en unas cuatro verstas a la redonda, hasta donde estaba la aldea, todo

estaba sumido en la fría oscuridad de la noche. El estudiante recordó que cuando salió de casa, su madre, descalza, sentada en el suelo del zaguán, limpiaba el samovar, y su padre estaba echado junto a la estufa y tosía; al ser Viernes Santo, en su casa no habían hecho comida y sentía un hambre atroz. Ahora, encogido de frío, el estudiante pensaba que ese mismo viento soplaba en tiempos de Riurik, de Iván el Terrible y de Pedro el Grande y que también en aquellos tiempos había existido esa brutal pobreza, esa hambruna, esas agujereadas techumbres de paja, la ignorancia, la tristeza, ese mismo entorno desierto, la oscuridad y el sentimiento de opresión. Todos esos horrores habían existido, existían y existirían y, aun cuando pasaran mil años más, la vida no sería mejor. No tenía ganas de volver a casa.

La huerta de las viudas se llamaba así porque la cuidaban dos viudas, madre e hija. Una hoguera ardía vivamente, entre chasquidos y chisporroteos, iluminando a su alrededor la tierra labrada. La viuda Vasilisa, una vieja alta y robusta, vestida con una zamarra

de hombre, estaba junto al fuego y miraba con aire pensativo las llamas; su hija Lukeria, baja, de rostro abobado, picado de viruelas, estaba sentada en el suelo y fregaba el caldero y las cucharas. Seguramente acababan de cenar. Se oían voces de hombre; eran los trabajadores del lugar que llevaban los caballos a abreviar al río.

-Ha vuelto el invierno -dijo el estudiante, acercándose a la hoguera-. ¡Buenas noches!

Vasilisa se estremeció, pero enseguida le reconoció y sonrió afablemente.

-No te había reconocido, Dios mío. Eso es que vas a ser rico.

Se pusieron a conversar. Vasilisa era una mujer que había vivido mucho. Había servido en un tiempo como nodriza y después como niñera en casa de unos señores, se expresaba con delicadeza y su rostro mostraba siempre una leve y sensata sonrisa. Lukeria, su hija, era una aldeana, sumisa ante su marido, se limitaba a mirar al estudiante y permanecer callada, con una expresión extraña en su rostro, como la de un sordomudo.

-En una noche igual de fría que ésta, se calentaba en la hoguera el apóstol Pedro -dijo el estudiante, extendiendo las manos hacia el fuego-. Eso quiere decir que también entonces hacía frío. ¡Ah, qué noche tan terrible fue esa! ¡Una noche larga y triste a más no poder!

Miró a la oscuridad que le rodeaba, sacudió convulsivamente la cabeza y preguntó:

-Fuiste a la lectura del Evangelio?

-Sí, fui.

-Entonces te acordarás de que durante la Última Cena, Pedro dijo a Jesús: «Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte». Y el Señor le contestó: «Pedro, en verdad te digo que antes de que cante el gallo, negarás tres veces que me conoces». Después de la cena, Jesús se puso muy triste en el huerto y rezó, mientras el pobre Pedro, completamente agotado, con los párpados pesados, no pudo vencer al sueño y se durmió. Luego oirías que Judas besó a Jesús y le entregó a sus verdugos aquella misma noche. Le llevaron atado ante el sumo pontífice y le azotaron, mientras Pedro, exhausto, atormentado

por la angustia y la tristeza, ¿lo entiendes?, desvelado, presintiendo que algo terrible iba a suceder en la tierra, les siguió... Quería con locura a Jesús y ahora veía, desde lejos, cómo le azotaban...

Lukeria dejó las cucharas y fijó su inmóvil mirada en el estudiante.

-Llegaron adonde estaba el sumo pontífice -prosiguió- y comenzaron a interrogar a Jesús, mientras los criados encendieron una hoguera en medio del patio, pues hacía frío, y se calentaban. Con ellos, cerca de la hoguera, estaba Pedro y también se calentaba, como yo ahora. Una mujer, al verle, dijo: «Éste también estaba con Jesús», lo que quería decir que también a él había que llevarle al interrogatorio. Todos los criados que se hallaban junto al fuego le miraron, seguro, severamente, con recelo, puesto que él, agitado, dijo: «No le conozco». Poco después, alguien le reconoció de nuevo como uno de los discípulos de Jesús y dijo: «Tú también eres de los suyos». Y él lo volvió a negar. Y por tercera vez, alguien se dirigió a él: «¿Acaso no te he visto hoy con él en el huer-

to?». Y él lo negó por tercera vez. Justo después de eso, cantó el gallo y Pedro, mirando desde lejos a Jesús, recordó las palabras que él le había dicho durante la cena... Las recordó, volvió en sí, salió del patio y rompió a llorar amargamente. El Evangelio dice: «Tras salir de allí, lloró amargamente». Así me lo imagino: un jardín tranquilo, muy tranquilo, y oscuro, muy oscuro, y en medio del silencio apenas se oye un callado sollozo...

El estudiante suspiró y se quedó pensativo. Vasilisa, que seguía sonriente, sollozó de pronto, gruesas y abundantes lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras ella interponía una manga entre su rostro y el fuego, como si se avergonzara de sus propias lágrimas. Lukeria, por su parte, miraba fijamente al estudiante, ruborizada, con la expresión grave y tensa, como la de quien siente un fuerte dolor.

Los trabajadores volvían del río, y uno de ellos, montado a caballo, ya estaba cerca y la luz de la hoguera oscilaba ante él. El estudiante dio las buenas noches a las viudas y reemprendió la marcha. De nuevo le envolvió

la oscuridad y se entumecieron sus manos. Hacía mucho viento; parecía, en efecto, que el invierno había vuelto y no que al cabo de dos días llegaría la Pascua.

Ahora el estudiante pensaba en Vasilisa: si se echó a llorar es porque lo que le sucedió a Pedro aquella terrible noche guarda alguna relación con ella...

Miró atrás. El fuego solitario crepitaba en la oscuridad, y a su lado ya no se veía a nadie. El estudiante volvió a pensar que si Vasilisa se echó a llorar y su hija se conmovió, era evidente que aquello que él había contado, lo que sucedió diecinueve siglos antes, tenía relación con el presente, con las dos mujeres y, probablemente, con aquella aldea desierta, con él mismo y con todo el mundo. Si la vieja se echó a llorar no fue porque él lo supiera contar de manera conmovedora, sino porque Pedro le resultaba cercano a ella y porque ella se interesaba con todo su ser en lo que había ocurrido en el alma de Pedro.

Una súbita alegría agitó su alma, e incluso tuvo que pararse para recobrar el aliento. El pasado -pensó- y el presente están unidos

por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que surgen unos de otros. Y le pareció que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, vibraba el otro.

Luego, cruzó el río en una balsa y después, al subir la colina, contempló su aldea natal y el poniente, donde en la raya del ocaso brillaba una luz púrpura y fría. Entonces pensó que la verdad y la belleza que habían orientado la vida humana en el huerto y en el palacio del sumo pontífice, habían continuado sin interrupción hasta el tiempo presente y siempre constituirían lo más importante de la vida humana y de toda la tierra. Un sentimiento de juventud, de salud, de fuerza (sólo tenía veintidós años), y una inefable y dulce esperanza de felicidad, de una misteriosa y desconocida felicidad, se apoderaron poco a poco de él, y la vida le pareció admirable, encantadora, llena de un elevado sentido.

FIN

El Talento

Anton Chejov

El pintor Yegor Savich, que se hospeda en la casa de campo de la viuda de un oficial, está sentado en la cama, sumido en una dulce melancolía matutina.

Es ya otoño. Grandes nubes informes y espesas se deslizan por el firmamento; un viento, frío y recio, inclina los árboles y arranca de sus copas hojas amarillas. ¡Adiós, estío!

Hay en esta tristeza otoñal del paisaje una belleza singular, llena de poesía; pero Yegor Savich, aunque es pintor y debiera apreciarla, casi no para mientes en ella. Se aburre de un modo terrible y sólo le consuela el pensar que al día siguiente no estará ya en la quinta.

La cama, las mesas, las sillas, el suelo, todo está cubierto de cestas, de sábanas plegadas, de todo género de efectos domésticos. Se han quitado ya los visillos de las ventanas. Al día siguiente, ¡por fin!, los habitantes veraniegos de la quinta e trasladarán a la ciudad.

La viuda del oficial no está en casa. Ha salido en busca de carruajes para la mudanza.

Su hija Katia, de veinte años, aprovechando la ausencia materna, ha entrado en el cuarto del joven. Mañana se separan y tiene que decirle un sinfín de cosas. Habla por los codos; pero no encuentra palabras para expresar sus sentimientos, y mira con tristeza, al par que con admiración, la espesa cabellera de su interlocutor. Los apéndices capilares brotan en la persona de Yegor Savich con una extraordinaria prodigalidad; el pintor tiene pelos en el cuello, en las narices, en las orejas, y sus cejas son tan pobladas, que casi le tapan los ojos. Si una mosca osara internarse en la selva virgen capilar, de que intentamos dar idea, se perdería para siempre.

Yegar Savich escucha a Katia, bostezando. Su charla empieza a fatigarle. De pronto la muchacha se echa a llorar. Él la mira con ojos severos al través de sus espesas cejas, y le dice con su voz de bajo:

-No puedo casarme.

-¿Pero por qué? -suspira ella.

-Porque un pintor, un artista que vive de su arte, no debe casarse. Los artistas debemos ser libres.

-¿Y no lo sería usted conmigo?

-No me refiero precisamente a este caso... Hablo en general. Y digo tan sólo que los artistas y los escritores célebres no se casan.

-¡Sí, usted también será célebre, Yegor Savich! Pero yo... ¡Ah, mi situación es terrible!... Cuando mamá se entere de que usted no quiere casarse, me hará la vida imposible. Tiene un genio tan arrebatado... Hace tiempo que me aconseja que no crea en sus promesas de usted. Luego, aún no le ha pagado usted el cuarto... ¡Menudos escándalos me armará!

-¡Que se vaya al diablo su mamá de usted! Piensa que no voy a pagarle?

Yegor Savich se levanta y empieza a pasearse por la habitación.

-¡Yo debía irme al extranjero! -dice.

Le asegura a la muchacha que para él un viaje al extranjero es la cosa más fácil del mundo: con pintar un cuadro y venderlo...

-¡Naturalmente! -contesta Katia-. Es lástima que no haya usted pintado nada este verano.

-¿Acaso es posible trabajar en esta pocilga? -grita, indignado, el pintor-. Además, ¿dónde hubiera encontrado modelos?

En este momento se oye abrir una puerta en el piso bajo. Katia, que esperaba la vuelta de su madre de un momento a otro, echa a correr. El artista se queda solo. Sigue paseándose por la habitación. A cada paso tropieza con los objetos esparcidos por el suelo. Oye al ama de la casa regatear con los mujiks cuyos servicios ha ido a solicitar. Para templar el mal humor que le produce oírla, abre la alacena, donde guarda una botellita de vodka.

-¡Puerca! -le grita a Katia la viuda del oficial- ¡Estoy harta de ti! ¡Que el diablo te lleve!

El pintor se bebe una copita de vodka, y las nubes que ensombrecían su alma se van disipando. Empieza a soñar, a hacer espléndidos castillos en el aire.

Se imagina ya célebre, conocido en el mundo entero. Se habla de él en la Prensa, sus retratos se venden a millares. Hállase en un rico salón, rodeado de bellas admiradoras... El cuadro es seductor, pero un poco vago, porque Yegor Savich no ha visto ningún rico salón y no conoce otras beldades que Katia y algunas muchachas alegres. Podía conocerlas por la literatura; pero hay que confesar que el pintor no ha leído ninguna obra literaria.

-¡Ese maldito samovar! -vocifera la viuda-. Se ha apagado el fuego. ¡Katia, pon más carbón!

Yegor Savich siente una viva, una imperiosa necesidad de compartir con alguien sus esperanzas y sus sueños. Y baja a la cocina, donde, envueltas en una azulada nube de humo, Katia y su madre preparan el almuerzo.

-Ser artista es una cosa excelente. Yo, por ejemplo, hago lo que me da la gana, no dependo de nadie, nadie manda en mí. ¡Soy libre como un pájaro! Y, no obstante, soy un

hombre útil, un hombre que trabaja por el progreso, por el bien de la humanidad.

Después de almorzar, el artista se acuesta para «descansar» un ratito. Generalmente, el ratito se prolonga hasta el oscurecer; pero esta tarde la siesta es más breve. Entre sueños, siente nuestro joven que alguien le tira de una pierna y le llama, riéndose. Abre los ojos y ve, a los pies del lecho, a su camarada Ukleikin, un paisajista que ha pasado el verano en las cercanías, dedicado a buscar asuntos para sus cuadros.

-¡Tú por aquí! -exclama Yegor Savich con alegría, saltando de la cama- ¿Cómo te va, muchacho?

Los dos amigos se estrechan efusivamente la mano, se hacen mil preguntas...

-Habrás pintado cuadros muy interesantes -dice Yegor Savich, mientras el otro abre su maleta.

-Sí, he pintado algo... ¿y tú?

Yegor Savich se agacha y saca de debajo de la cama un lienzo, no concluido, aún, cubierto de polvo y telarañas.

-Mira -contesta-. Una muchacha en la ventana, después de abandonarla el novio... Esto lo he hecho en tres sesiones.

En el cuadro aparece Katia, apenas dibujada, sentada junto a una ventana, por la que se ve un jardincillo y un remoto horizonte azul.

Ukleikin hace un ligera mueca: no le gusta el cuadro.

-Sí, hay expresión -dice-. Y hay aire... El horizonte está bien... Pero ese jardín..., ese matorral de la izquierda... son de un colorido un poco agrio.

No tarda en aparecer sobre la mesa la botella de vodka.

Media hora después llega otro compañero: el pintor Kostilev, que se aloja en una casa próxima. Es especialista en asuntos históricos. Aunque tiene treinta y cinco años, es principiante aún. Lleva el pelo largo y una cazadora con cuello a lo Shakespeare. Sus actitudes y sus gestos son de un empaque majestuoso. Ante la copita de vodka que le ofrecen sus camaradas hace algunos dengues; pero al fin se la bebe.

-¡He concebido, amigos míos, un asunto magnífico! -dice-. Quiero pintar a Nerón, a Herodes, a Calígula, a uno de los monstruos de la antigüedad, y oponerle la idea cristiana. ¿Comprendéis? A un lado, Roma; al otro, el cristianismo naciente. Lo esencial en el cuadro ha de ser la expresión del espíritu, del nuevo espíritu cristiano.

Los tres compañeros, excitados por sus sueños de gloria, van y vienen por la habitación como lobos enjaulados. Hablan sin descanso, con un fervoroso, entusiasmo. Se les creería, oyéndoles, en vísperas de conquistar la fama, la riqueza, el mundo. Ninguno piensa en que ya han perdido los tres sus mejores años, en que la vida sigue su curso y se los deja atrás, en que, en espera de la gloria, viven como parásitos, mano sobre mano. Olvidan que entre los que aspiran al título de genio, los verdaderos talentos son excepciones muy escasas. No tienen en cuenta que a la inmensa mayoría de los artistas les sorprende la muerte «empezando». No quieren acordarse de esa

ley implacable suspendida sobre sus cabezas, y están alegres, llenos de esperanzas.

A las dos de la mañana, Kostilev se despide y se va. El paisajista se queda a dormir con el pintor de género.

Antes de acostarse, Yegor Savich coge una vela y baja por agua a la cocina. En el pasillo, sentada en un cajón, con las manos cruzadas sobre las rodillas, con los ojos fijos en el techo, está Katia soñando...

-¿Qué haces ahí? -le pregunta, asombrado, el pintor- ¿En qué piensas?

-¡Pienso en los días gloriosos de su celebridad de usted! -susurra ella-. Será usted un gran hombre, no hay duda. He oído su conversación de ustedes y estoy orgullosa.

Llorando y riendo al mismo tiempo, apoya las manos en los hombros de Yegor Savich y mira con honda devoción al pequeño dios que se ha creado.

FIN

En el campo

Anton Chejov

I

A tres kilómetros de la aldea de Obruchanovo se construía un puente sobre el río.

Desde la aldea, situada en lo más eminente de la ribera alta, divisábanse las obras. En los días de invierno, el aspecto del fino armazón metálico del puente y del andamiaje, albos de nieve, era casi fantástico.

A veces, pasaba a través de la aldea, en un cochecillo, el ingeniero Kucherov, encargado de la construcción del puente. Era un hombre fuerte, ancho de hombros, con una gran barba, y tocado con una gorra, como un simple obrero.

De cuando en cuando aparecían en Obruchanovo algunos descamisados que trabajaban a las órdenes del ingeniero. Mendigaban, hacían rabiar a las mujeres y a veces robaban.

Pero, en general, los días se deslizaban en la aldea apacibles, tranquilos, y la construcción del puente no turbaba en lo más

mínimo la vida de los aldeanos. Por la noche encendíanse hogueras alrededor del puente, y llegaban, en alas del viento, a Obruchanovo las canciones de los obreros. En los días de calma se oía, apagado por la distancia, el ruido de los trabajos.

Un día, el ingeniero Kucherov recibió la visita de su mujer.

Le encantaron las orillas del río y el bello panorama de la llanura verde salpicada de aldeas, de iglesias, de rebaños, y le suplicó a su marido que comprase allí un trocito de tierra para edificar una casa de campo. El ingeniero consintió. Compró veinte hectáreas de terreno y empezó a edificar la casa. No tardó en alzarse, en la misma costa fluvial en que se asentaba la aldea, y en un paraje hasta entonces sólo frecuentado por las vacas, un hermoso edificio de dos pisos, con una terraza, balcones y una torre que coronaba un mástil metálico, al que se prendía los domingos una bandera.

La construcción estuvo pronto terminada: no duró más de tres meses. En el invierno se plantaron árboles en torno de la casa.

Cuando llegó la primavera, todo verdeaba alrededor de la nueva finca. Partían en todas direcciones hermosas alamedas; el jardinero y dos jornaleros trabajaban en el jardín; una fontana sonaba melodiosa. Y una bola de cristal verde, colocada ante la puerta, brillaba bajo el Sol, de tal modo, que obligaba a cerrar los ojos.

Se bautizó la finca con el nombre de «Quinta Nueva».

Una mañana, a fines de mayo, llevaron a casa de Rodion Petrov, el herrador de la aldea, dos caballos de «Quinta Nueva» para que les cambiasen las herraduras. Los caballos eran blancos como la nieve, esbeltos, bien cuidados, y se parecían el uno al otro de un modo asombroso.

-¡Verdaderos cisnes! -dijo Rodion admirándolos.

Su mujer, Estefanía, sus hijos y sus nietos salieron también para admirar a los caballos, en torno de los cuales se fue aglomerando la gente. Acudieron los Zichkov, padre e hijo, ambos imberbes, mofletudos y destocados.

Acudió también Kozov, un viejo enjuto y alto, de luenga y estrecha barba, apoyado en un bastón. Guiñaba sin cesar los ojos astutos y se sonreía irónicamente, como si supiera muchas cosas que ignorase el resto de los hombres.

-Son blancos -dijo-; sí, son blancos; pero para el trabajo no valen gran cosa. Si yo mantuviese a mis caballos con avena, como mantienen a éstos, se pondrían no menos hermosos. Yo quisiera ver a estos cisnes arrastrando un arado y recibiendo algunos latigazos.

El cochero del ingeniero le dirigió a Kozov una mirada de desprecio; pero no dijo nada.

Mientras se encendía la fragua, el cochero les dio algunas noticias a los campesinos sobre la vida de sus amos. Fumando pitillo tras pitillo les contó que sus amos eran muy ricos; que la señora, Elena Ivanovna, antes de casarse, era institutriz en Moscú; que tenía muy buen corazón y gozaba socorriendo a los pobres. En la nueva finca, según decía el cochero, no se labraría ni se sembraría: se respiraría el aire del campo y nada más.

Cuando terminó y se encaminó con los caballos a «Quinta Nueva», siguió una turba de chiquillos y perros. Los perros le ladraban furiosamente.

Kozov, mirándole alejarse, guiñaba los ojos con malicia.

-Vaya unas señores! -dijo con ironía malévol-. Han construido una casa, han comprado caballos; pero parece que no tienen que comer...

Había sentido desde el primer momento un odio feroz contra «Quinta Nueva». Era un hombre solitario, viudo. Llevaba una vida aburridísima. Una enfermedad le impedía trabajar. Su hijo, dependiente de una confitería de Jarkov, le enviaba dinero para vivir; el viejo no hacía nada; vagaba días enteros por la orilla del río o a través de la aldea, y les daba conversación a los campesinos que estaban trabajando. Cuando veía a uno pescando solía decir que con aquel tiempo no había pesca posible; si el tiempo era seco, aseguraba que no llovería en todo el verano; si llovía, afirmaba que las lluvias durarían mucho y que la humedad pudriría el

trigo. Todos sus pronósticos eran pesimistas. Y los hacía guiñando los ojos de un modo maligno, como si supiera algo que ignorase el resto de los hombres.

En «Quinta Nueva» algunas noches había fuegos artificiales. Los propietarios acostumbraban a pasearse por el río en una barca iluminada con farolillos de colores.

Una mañana, Elena Ivanovna, la mujer del ingeniero, visitó la aldea con su niña. Llegaron en un coche de ruedas amarillas arrastrado por dos ponney. Llevaban sombreros de paja, de anchas alas, sujetos con cintas.

Los campesinos estaban ocupados en transportar estiércol al campo. El herrador Rodion, alto, enjuto, destocado, descalzo, con un biello al hombro, de pie ante su carro, rebosante de estiércol, miraba, boquiabierto, los bien cuidados caballitos. Se advertía que hasta entonces no había visto caballos semejantes.

-¡La señora! ¡La señora! -se oía murmurar.

Elena Ivanovna miraba las casas como eligiendo una; por fin, se detuvo a la puerta

de la que le parecía más pobre y a cuyas ventanas se asomaban numerosas cabezas de niño, morenas, rubias, rojas.

Era precisamente la casa de Rodion.

Su mujer, Estefanía, una vieja gorda, apareció al punto en el umbral, mal cubierta la cabeza con una pañoleta. Miraba con asombro el elegante coche, confusa, sonriéndose estúpidamente.

-¡Para tus hijos! -le dijo Elena Ivanovna, dándole tres rublos.

Estefanía, sorprendida, feliz, se echó a llorar y saludó con gran humildad, inclinándose casi hasta el suelo.

Rodion saludó también muy humilde, enseñando su cráneo calvo.

Elena Ivanovna, azorada por aquellas humillaciones, se apresuró a volver a casa.

II

Los Ziclikov, padre e hijo, sorprendieron en un prado de su pertenencia a tres caballos -uno de ellos ponney- y un novillo, todos propiedad del ingeniero. Ayudados por el rojo Volodka, hijo del herrador Rodion, llevaron

las bestias a la aldea. Se llamó al alcalde, que, en compañía de los Zichkov, de Volodka y de algunos testigos, encaminóse al prado para proceder a una información sobre los daños causados en él por las bestias.

Kozov, que era de la partida, parecía muy contento.

-¡Muy bien! -decía, guiñando con malicia los ojos-. ¡Que paguen! ¡Se les obligará a pagar! ¡Gracias a Dios, hay tribunales! Habrá que llamar a la policía e instruir un proceso verbal.

-¡Naturalmente, un proceso verbal! -confirmó Volodka.

-¡Si creéis que voy a perdonarles, os lleváis chasco! -gritaba Zichkov hijo, con tal arrebató, que su imberbe faz se enrojecía-. ¡Ca! ¡No soy tan tonto! ¡Si se les deja, adiós prados! Afortunadamente aún somos amos de nuestros bienes, y también para los señores existen leyes...

-¡Sí, también para los señores existen leyes! -repitió Volodka.

-Hemos vivido hasta ahora sin puente -dijo con voz sombría Zichkov-, y podríamos

pasarnos sin él. No lo hemos pedido. ¿Para qué demonios lo necesitamos? ¡Que se lo guarden!

-¡Hermanos cristianos, es preciso que nos paguen todos los perjuicios!

-¡Vaya! -apoyó, guiñando los ojos, Kozov-. ¡Ya verán! Hay que escarmentarlos.

Luego, volvieron todos a la aldea. Por el camino, Zichkov hijo se daba puñetazos en el pecho y gritaba; Volodka gritaba también, repitiendo sus palabras.

En la aldea se agolpó la gente alrededor de los caballos y el novillo, que parecía avergonzado y bajaba la cabeza; pero de pronto echó a correr soltando coces. Kozov, asustado, levantó su garrote, entre las risas de los campesinos.

Encerradas las bestias en una cuadra, la gente esperó.

Al obscurecer, el ingeniero le envió cinco rublos a Zichkov para resarcirle del daño causado en su propiedad. Los caballos y el novillo fueron devueltos, y tornaron a la finca cabizbajos, como sintiéndose culpables y temiendo un severo castigo.

Recibidos los cinco rublos, los Zichkov, padre e hijo, el alcalde y Volodka atravesaron en un bote el río y se dirigieron a la gran aldea de Kriakovo, donde había una taberna. Allí se juerguearon de lo lindo. Cantaron, gritaron, juraron. El que más gritaba era Zichkov hijo.

En Obruchanovo, sus familias no podían conciliar el sueño y estaban muy inquietas. Rodion daba vueltas en la cama y pensaba:

-Han hecho mal. El ingeniero se enfadará y querrá vengarse... Además, es injusto lo que han hecho con él... Ha estado muy mal.

Un día, cuando Rodion y otros campesinos volvían del bosque, se encontraron con el ingeniero. Llevaba una blusa roja y botas altas. Seguía un perro de caza, con la purpúrea lengua fuera.

-¡Buenos días, amigos! -dijo.

Los campesinos se detuvieron y se quitaron la gorra.

-Hace tiempo que busco una ocasión de hablaros, amigos míos -continuó-. He aquí de lo que se trata: desde principios del verano,

vuestro rebaño se pasea por mi bosque y por mi jardín. Se come la hierba, estropea los árboles. Los cerdos me han puesto hechos una lástima el prado y la huerta. Les he rogado muchas veces a los pastores que tuvieran cuidado, pero no han hecho caso y me han contestado muy mal. Constantemente vuestras vacas y vuestros cerdos me están perjudicando, y, sin embargo, no os reclamo nada; ni siquiera me quejo, mientras que vosotros me habéis hecho pagar cinco rublos porque mis bestias han pasado por vuestro prado. ¿Es eso justo? ¿Se portan así los buenos vecinos?

Hablaba con voz suave, sin cólera, esforzándose en convencerlos.

-No, las gentes honradas -prosiguió- no obran así. Hace una semana me robasteis del bosque dos encinas jóvenes. ¿Por qué me hacéis daño a cada paso? ¿Qué queja tenéis de mí? ¡Decídmelo, en nombre de Dios! Yo y mi mujer hacemos cuanto nos es dable por sostener con vosotros buenas relaciones, ayudamos a los campesinos en la medida de nuestras fuerzas. Mi mujer es muy buena y

nunca le niega nada a nadie. No piensa sino en seros útil a vosotros y a vuestros hijos, y vosotros nos devolvéis mal por bien. ¡No, eso no es justo, amigos míos! ¡Consideradlo, os lo ruego! Nosotros os tratamos de un modo muy humano, y es preciso que vosotros nos paguéis en la misma moneda...

El ingeniero siguió su camino.

Los campesinos permanecieron algunos instantes parados. Luego se cubrieron y continuaron andando.

Rodion, que entendía lo que le decían, no como debía entenderse, sino a su manera, suspiró y dijo:

-Sí, habrá que pagar. ¿No habéis oído lo que ha dicho? «Es preciso que nos paguéis en la misma moneda.»

Cuando llegó a su casa, Rodion rezó su oración ante el icono, se quitó las botas y se sentó en el banco, junto a su mujer. Cuando estaban en casa siempre estaban así: sentado el uno junto al otro; por la calle iban también juntos; juntos comían, bebían, dormían, y cuanto más viejos iban siendo se querían más. En la casa el aire era pesado,

caluroso, estaba todo muy cerrado, se veían por todas partes -en el suelo, en las ventanas, sobre la estufa- criaturas. A pesar de sus muchos años, Estefanía seguía pariendo, y ante tanto chiquillo no era fácil saber a ciencia cierta los que eran de Rodion y los que eran de su hijo Volodka, casado hacía tiempo.

La mujer de Volodka, Lukeria, joven, pero fea, con nariz de pájaro y ojos de buey, cocía pan; su marido estaba sentado en la estufa con las piernas colgando.

-Nos hemos topado en el camino -comenzó Rodion- al ingeniero con su perro...

Hizo una pausa y empezó a rascarse la cabeza y el seno. El relato suponía para él un no pequeño esfuerzo mental.

-Sí, con su perro... Pues bien: hay que pagar, lo ha dicho el señor ingeniero; hay que pagar en moneda... No hay más remedio... Debía hacerse una colecta, poniendo diez copecs cada vecino, y darle al ingeniero... Se queja de nosotros, y con razón... Le hacemos porquerías...

-Hasta ahora hemos vivido sin puente y podríamos seguir sin él -dijo Volodka con enojo-. No lo necesitamos...

-Es el Gobierno quien lo construye. Nuestra opinión...

-¡Al diablo el puente!

-Nadie te pregunta si lo quieres o no.

-¡Al diablo! -repitió, furioso, Volodka-. ¿Para qué servirá? Si tenemos que atravesar el río lo podemos hacer en barca...

Alguien llamó a la puerta con tanta violencia, que toda la casa pareció estremecerse.

-¿Está ahí Volodka? -se oyó gritar a Zichkov hijo-. Ven, Volodka... Te espero.

Volodka saltó de la estufa y se puso a buscar la gorra.

-¡Más vale que no salgas! -le dijo con timidez su padre-. ¡No vayas con esa gente! Tú no eres muy listo; eres como un niño, y no aprenderás nada bueno. ¡No salgas!

-¡Sí, no vayas con ellos! -suplicó a su vez Estefanía, a punto de llorar-. De fijo iréis a la taberna...

-¡A la taberna! -repitió Volodka, burlándose.

-¡Y vendrás otra vez como una cuba! -dijo Lukeria, mirándole airada-. ¡Sinvergüenza!... ¡Gandul! ¡Que el maldito vodka te queme las entrañas! ¡Satanás sin rabo!

-¡Cállate! le amenazó Volodka.

-Me han casado con este idiota, con este imbécil... ¡Me han perdido, pobre huérfana! - exclamó Lukeria, llorando y secándose las lágrimas con la mano, llena de harina-. ¡No te puedo ver, puerco!

Volodka le dio, al pasar, un puñetazo en las narices, y salió a la calle.

III

Elena Ivanovna y su hijita fueron a la aldea a pie. Un hermoso paseo para ellas.

Era domingo y casi todas las mujeres y las muchachas de la aldea estaban en la calle, ataviadas con trajes de calores chillones.

Rodion y su mujer, sentados el uno junto al otro, en un poyo, a la puerta de su casa, saludaron y sonrieron a Elena Ivanovna y a

su niña como antiguos amigos. Más de una docena de niños las miraban por las ventanas con asombro y curiosidad.

-¡La señora! ¡La señora! -murmuraban.

-¡Buenos días! -dijo, deteniéndose, Elena Ivanovna.

Calló un instante y añadió:

-¿Cómo les va a ustedes?

-¡Así, así, señora, a Dios gracias! -contestó Rodion-. Vamos tirando...

-¡Figúrese usted nuestra vida! -dijo sonriendo Estefanía-. Ya sabe usted, buena señora, lo pobres que somos. Hay catorce bocas en casa y sólo dos hombres para ganar el pan. Aunque mi marido es herrero, el oficio le produce poco: muchas veces ni tiene carbón para encender la fragua... ¡Es dura nuestra vida, muy dura!

Y se echó a reír, como si lo que decía fuera donosisímo.

Elena Ivanovna se sentó junto a ellos, abrazó a su hijita y se quedó meditabunda. En la faz de la niña también se pintaba la tristeza y se advertía que ingratos pensamientos torturaban su cabecita. Jugaba

con la rica sombrilla de encajes que su madre tenía en la mano.

-Sí, vivimos en la miseria -dijo Rodion-. Siempre angustiados... Trabaja uno como un negro, y, sin embargo... Este verano el tiempo es seco, no llueve y la cosecha será mala. La vida es dura, señora...

-Pero, en cambio, seréis felices en la otra -dijo Elena Ivanovna para consolarles.

Rodion no comprendió el sentido de estas palabras, y en vez de contestar, carraspeó.

-No le dé usted vueltas, señora -dijo Estefanía-; hasta en el otro mundo los ricos serán más felices que nosotros. Los ricos mandan decir misas, les ponen velas a los santos, les dan limosna a los mendigos, y Dios, a quien tienen contento, les recompensará en la otra vida; mientras que nosotros, los pobres campesinos, ni siquiera tenemos tiempo para rezar, además de no tener dinero para velas, misas ni limosnas. Luego, nuestra pobreza nos hace pecar... Reñimos, juramos... Y Dios no nos perdonará. No, querida señora, nosotros, los campesinos, no seremos felices ni en este

mundo ni en el otro. Toda la felicidad es para los ricos...

Hablaba con acento alegre, regocijado, como si contase algo muy gracioso. Estaba acostumbrada, desde hacía tiempo, a hablar de su vida triste y penosa.

Rodion sonreía también; le enorgullecía tener una mujer tan lista y elocuente.

-Es un error creer fácil la vida de los ricos -dijo Elena Ivanovna-. Cada cual tiene sus penas. Nosotros, por ejemplo... Yo y mi marido no somos pobres; pero ¿cree usted que somos felices? Aunque soy joven todavía, tengo ya cuatro hijos, que casi siempre están enfermos. Yo también lo estoy y necesito cuidarme mucho.

-¿Qué enfermedad padece usted? -preguntó Rodion.

-Una enfermedad de mujer. No puedo dormir y me dan unos dolores de cabeza horribles. Ahora, por ejemplo... Estoy aquí sentada, hablando con ustedes, y siento una gran pesadez de cabeza y un desmadejamiento... Preferiría el trabajo más duro a sufrir así. Luego, mi alma tampoco

descansa. Siempre estoy inquieta por mi marido, por mis hijos... Toda familia tiene su cruz. Nosotros también la tenemos. Yo no soy de origen noble. Mi abuelo era un simple campesino, mi padre era también un pobre humilde y tenía una tiendecita en Moscú. Pero mi marido es de una familia muy noble y muy rica. Sus padres se oponían a nuestro matrimonio y él no les hizo caso y rompió con su familia para casarse conmigo. Sus padres no le han perdonado todavía. Esto le inquieta, no le deja vivir tranquilo, pues quiere mucho a su madre. Naturalmente, yo padezco. Vivo en un constante desasosiego...

Ante la casa de Rodion se fueron reuniendo campesinos y campesinas, que escuchaban atentamente lo que decía Elena Ivanovna. Uno de los primeros que se aproximaron fue Kozov. Sacudía su estrecha y larga barba. Acercáronse luego los Zichkov, padre e hijo...

-Además -prosiguió Elena Ivanovna-, no puede ser feliz el que no está en su puesto. Vosotros lo estáis. Cada uno de vosotros tiene su trocito de tierra, trabaja y sabe para

qué. Mi marido trabaja también, construye puentes. Pero yo no hago nada. Yo no tengo ningún trabajo y no puedo sentirme en mi centro. Os digo todo esto para que no juzguéis por las apariencias. El que un hombre vaya bien vestido y tenga dinero no significa que sea feliz ni mucho menos.

Se levantó y cogió de la mano a su hija.

-Lo paso muy bien entre vosotros -dijo sonriendo.

Se advertía en su sonrisa tímida que, efectivamente, estaba enferma. En su rostro, joven y bello, de cejas y pestañas negras y cabellos rubios, había una delgadez y una palidez mórbidas. La niña se parecía mucho a su madre, incluso en lo delgada y pálida. Ambas olían a perfumes.

-Sí, todo me gusta aquí: el bosque, la aldea. Viviría aquí siempre. Creo que aquí me curaría y encontraría mi verdadero puesto en el mundo. Tengo un gran deseo, un deseo ardiente de ayudaros, de seros útil, de acercarme a vosotros. Conozco vuestras penas, vuestros sufrimientos... Lo que no conozco lo adivino. Estoy enferma, sin

fuerzas, y ya no me es posible cambiar de vida, como quisiera; pero tengo hijos y procuraré educarlos en el cariño a vosotros. Procuraré hacerles comprender que su vida no les pertenece a ellos, sino a vosotros. Pero os ruego que confiéis en nosotros, que viváis con nosotros como buenos vecinos. Mi marido es un hombre honrado y de buen corazón. No le irritéis. Cualquier pequeñez le llega al alma. Ayer por ejemplo, vuestro rebaño ha pasado por nuestro jardín; alguno de vosotros ha estropeado la cerca de nuestra colmena. Mi marido se desespera... ¡Os ruego...!

Hablaba con voz suplicante, cruzadas las manos sobre el pecho.

-Os ruego que viváis en paz con nosotros. No dice el proverbio a humo de pajas que una mala paz es mejor que una buena riña, y que antes de comprar una casa debe uno enterarse de la condición de los vecinos. Os repito que mi marido es hombre de buen corazón. Si os conducís con nosotros como buenos vecinos, os aseguro que no os pesará: haremos por vosotros cuanto esté en

nuestra mano; arreglaremos los caminos, edificaremos una escuela para vuestros hijos. Os lo prometo.

-Está muy bien lo que usted dice -arguyó Zichkov, padre, bajando los ojos-. Ustedes son gente instruida y saben lo que hablan. Pero, ¿qué quiere usted?, en la aldea de Eresnevo, Voronov, un rico propietario, prometió también, entre otras muchas cosas, edificar una escuela. Pues bien: sólo edificó el armazón, y no quiso seguir las obras. Los campesinos, obligados por las autoridades, tuvieron que seguirlas y se gastaron en ellas mil rublos.

¿Qué le parece a usted?... A mí me parece una acción que no tiene perdón de Dios.

-Muy bien! -aprobó Kozov, con una sonrisa maligna-. ¡Muy bien!

-¡No tenemos necesidad de vuestra escuela! -dijo Volodka, ásperamente-. Nuestros hijos van a la escuela de la aldea vecina. Que sigan yendo. ¡No queremos escuela!

Elena Ivanovna perdió de pronto todo aplomo. Pálida, abatida, como si acabase de

recibir un golpe en la cabeza, se fue sin decir una palabra. Marchaba presurosa, sin mirar atrás.

-¡Señora! -gritó Rodion siguiéndola-. Espere usted, óigame...

La seguía tenaz, descubierto, hablándole en un tono humilde, como si pidiese limosna.

-Señora, espere... escúcheme.

Cuando estaban ya fuera de la aldea, Elena Ivanovna se detuvo a la sombra de un viejo tilo.

-¡No se enfade, señora! -dijo Rodion-. No vale la pena. Hay que tener un poco de paciencia. Tenga paciencia un año, dos. Nuestros campesinos, en el fondo, son buena gente... Se lo juro a usted. No hay que hacer caso de las palabras de Kozov, de Zichkov ni de mi hijo Volodka. Mi hijo es un infeliz y no hace más que repetir lo que les oye a los demás. Le aseguro a usted que los campesinos no son malos. Los hay nada tontos, pero que no se atreven a hablar... o, mejor dicho, que no pueden, porque no saben decir lo que piensan. Somos gente

obscura, sin instrucción, ignorante... No hay que enfadarse. Lo mejor es tener paciencia...

Elena Ivanovna miraba, meditabunda, al ancho río tranquilo, y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Aquellas lágrimas turbaban de tal modo a Rodion, que el pobre hombre estaba a punto de llorar también.

-No se apure -decía, tratando de tranquilizar a la dama-. Todo se arreglará. Se edificará la escuela, se pondrán en buen estado los caminos. Pero todo a su debido tiempo, por sus pasos contados. Para sembrar trigo en esta colina hay que empezar por quitar la piedra, hay que labrar... Sólo después de preparar el terreno se podrá sembrar. Lo mismo sucede con nuestros campesinos: hay que preparar el terreno..., y eso requiere tiempo...

En aquel momento vieron venir hacia ellos un grupo de campesinos. Cantaban y se acompañaban con un acordeón.

-¡Mamá, vámonos! -dijo la niña, asustada, apretándose contra su madre y temblando de pies a cabeza-. ¡Vámonos, mamá! No quiero seguir aquí...

-¿Y adónde quieres que nos vayamos?

-¡A Moscú! En seguida, mamá, en seguida...

La niña se echó a llorar.

Su llanto aumentó la turbación de Rodion, que empezó a sudar, y sacando del bolsillo un pepino, corvo como una hoz, se lo alargó a la criatura.

-Tómalo... para tí... No llores. Mamá te pegará y se lo contará a papá. Torna el pepino, cómetelo...

Elena Ivanovna y su hija siguieron andando. Rodion fue tras ellas largo trecho, intentando decirles algo afectuoso y convincente. Pero al fin se dio cuenta de que, ensimismadas, taciturnas, no le hacían caso, y se detuvo.

Siguiólas largo rato con la mirada, haciéndose sombra con la mano en los ojos. Y no se decidió a tornar a la aldea hasta que desaparecieron en el bosque.

IV

El ingeniero estaba cada día más nervioso, más irritable, y en cualquier pequeñez veía un robo, un atentado. Hasta durante el día la puerta de la finca estaba cerrada con candado. De noche la guardaban dos centinelas. El ingeniero se negó categóricamente a emplear en ningún trabajo a los campesinos de Obruchanovo.

El mal humor del señor Kucheroy subió de punto con motivo de algunas raterías. Un día, un campesino -o acaso un obrero de los que trabajaban en la construcción del puente- colocó en el coche unas ruedas viejas y se llevó las nuevas; algún tiempo después desaparecieron algunas guarniciones.

Hasta la gente de la aldea estaba indignada. Y cuando pidió que se procediese a un registro en casa de los Zichkov y en casa de Volodka, los objetos robados fueron encontrados en el jardín del ingeniero; no cabía duda de que el ladrón, temeroso del registro solicitado, los había llevado allí.

Una tarde, unos campesinos que volvían del bosque tornaron a encontrarse con el ingeniero. El señor Kucherov se detuvo, sin

saludarles, y mirando severamente tan pronto a uno como a otro, habló de esta manera:

-Os he rogado que no cojáis setas en mi parque, y, no obstante, vuestras mujeres vienen al salir el Sol y se las llevan todas; de modo que no queda ninguna para mi mujer y mis hijos. No hacéis ningún caso de mis ruegos. Las súplicas y las reflexiones son inútiles con vosotros.

Claváronse sus airados ojos en Rodion, y añadió:

-Yo y mi mujer os hemos tratado humanamente, como a hermanos, y vosotros, en cambio... Pero ¿para qué gastar saliva?... No habrá más remedio que romper con vosotros toda clase de relaciones.

Y haciendo visibles esfuerzos para no dejarse arrastrar por la cólera, les volvió la espalda a los campesinos y se fue.

Cuando llegó a casa, Rodion oró ante el icono; se quitó las botas y se sentó en el banco, junto a su mujer.

-Sí... -dijo tras un corto silencio-. Acabamos de toparnos con el ingeniero... Ha

visto al salir el Sol a las mujeres de la aldea... Y está enfadado porque no les llevan setas a su mujer y a sus hijos... Luego me ha mirado y me ha dicho no sé qué de relaciones... Sin duda quieren ayudarnos... Como están enterados de nuestra miseria... ¡Dios se lo pague!

Estefanía se persignó y suspiró.

-Son unos señores muy buenos... Ven nuestra pobreza y quieren hacer algo por nosotros. La Santísima Virgen nos envía ese auxilio para nuestra vejez...

El 14 de septiembre era la fiesta del Patrón de la aldea. Los Zichkov, padre e hijo, atravesaron el río muy de mañana, se metieron en la taberna y volvieron por la tarde borrachos perdidos. Paseáronse un rato por la aldea, cantando y jurando; se pegaron luego, y, por último, corrieron a la finca del ingeniero para querellarse uno contra otro.

Entró delante Zichkov padre con un garrote en la mano. En el patio se detuvo tímidamente y se quitó la gorra. En aquel momento el ingeniero y su familia tomaban el te en la terraza.

-¿Qué se te ofrece? -le gritó el ingeniero.

-iExcelencia! iNoble señor! -clamó Zichkov, echándose a llorar-. iApiádese de un pobre viejo!... Mi hijo es un bruto; no puedo ya sufrirle... Me ha arruinado, y ahora me pega...

En esto entró en el jardín Zichkov hijo, destocado y, como su padre, con un garrote en la mano. Se detuvo y dirigió una mirada estúpida, de beodo, a la terraza.

-No tengo que ver con vuestras riñas -dijo el ingeniero-. Id a ver al juez o al jefe del distrito.

-iYa he estado en todas partes! -contestó el viejo sollozando-. Ni siquiera me escuchan. ¿Qué recurso me queda?... iMi propio hijo puede pegarme... y matarme si quiere! Matar a su padre... iA su propio padre!

Levantó el garrote y le asestó a su hijo un palo en la cabeza. El otro descargó sobre el cráneo calvo del viejo un garrotazo tal que por poco sí se lo abre. Zichkov padre ni siquiera se tambaleó. Su garrote volvió a levantarse y a contundir la testa filial.

Durante un rato, uno frente a otro, apeleáronse la cabeza metódicamente. Diríase que la contienda era un juego en que cada uno guardaba su turno.

Desde el otro lado de la verja contemplaban la escena otros habitantes de la aldea: hombres, mujeres, niños. Contemplábanla como un espectáculo al que estuviesen habituados desde hacía tiempo. Habían venido a saludar al ingeniero con motivo de la fiesta; pero al ver a los Ziclikov pegarse no se atrevieron a entrar.

A la mañana siguiente, Elena Ivanovna se fue con los niños a Moscú.

Se corrió la voz de que el ingeniero vendía «Quinta Nueva».

V

Todo el mundo se ha acostumbrado al puente, y les es ya difícil a los aldeanos imaginarse sin puente el río en aquel sitio.

Su construcción terminó hace tiempo. Se oye con gran frecuencia el ruido sordo del tren que por él pasa.

«Quinta Nueva» fue puesta en venta y la compró un alto empleado público, que la visita con su familia los días de fiesta, toma te en la terraza y regresa a la ciudad. El indicado personaje les impone a los campesinos un gran respeto, hasta por su manera prócer de hablar y de toser, y cuando le saludan quitándose la gorra ni siquiera se digna contestar al saludo.

En la aldea ha envejecido todo el mundo. Kozov se murió. En casa de Rodion ha aumentado el número de niños; Volodka tiene ahora una larga barba roja. La familia sigue muy pobre.

A principios de la primavera, los campesinos suelen tener trabajo en la estación del ferrocarril, donde sierran y cepillan madera. Terminada la faena vuelven a sus casas, tardo el paso, en la faz la luz del Sol poniente. En las frondas de junto al río cantan los ruiseñores. Al pasar por delante de «Quinta Nueva» los campesinos miran prolongadamente a la casa, toda en silencio y como muerta, sobre cuyos tejados vuelan, doradas por el Sol, las palomas.

Rodion, las Zichkov, padre e hijo, Volodka y los demás recuerdan los caballos blancos del ingeniero, los cohetes, los farolillos de colores de la barca, los ponneys; y piensan en Elena Ivanovna, bella, elegante, que iba con frecuencia a la aldea y les hablaba con tanto cariño. Nada de aquello existe ya: todo se ha evaporado como un sueño o un cuento de hadas.

Siguen caminando, unos juntos a otros, cansados, ensimismados, taciturnos.

Los aldeanos -piensan- son, al fin y al cabo, gente buena, temerosa de Dios; Elena Ivanovna era bonísima, muy cariñosa, inspiraba afecto y confianza, y, sin embargo... Sin embargo, no pudieron ponerse de acuerdo y se separaron como enemigos. ¿Por qué? ¿Porque todas aquellas mezquinas naderías -la intrusión de unos caballos en un prado, el hurto de unas guarniciones...- lo echaron todo a perder? ¿Y por qué la gente de la aldea vive bien avenida con el nuevo propietario, que ni siquiera contesta a su saludo?

No saben qué contestar a estas preguntas.

Sólo Volodka murmura algo.

-¿Qué dices? -le pregunta Rodion.

-Digo que maldita la falta que nos hacía el puente -contesta con hosca aspereza-, y que podíamos seguir sin él.

Ningún campesino le responde. Continúan andando en silencio, encorvados, cabizbajos.

FIN

GENTE SOBRENTE

ANTON CHÉJOV

Son las seis de la tarde de un día del mes de junio.

Desde el apeadero de Jikovo y en dirección a la colonia veraniega marcha un grupo de veraneantes recién bajados del tren. Son, en su mayor parte, padres de familia, y van cargados de paquetes, carteras, sombrereras y esas cajas de cartón que guardan las creaciones de la moda femenina. Todos presentan un aspecto cansado, hambriento y malhumorado, como si para ellos no brillara el sol ni floreciera la hierba.

En el grupo se encuentra Pavel Matveevich Saikin, miembro del tribunal del distrito, hombre alto, un poco encorvado, vestido con un traje barato y portador de una escarapela en su gorra descolorida. Está sudoroso, sofocado y apesadumbrado.

-Viene usted diariamente a la dacha? -dice dirigiéndose a él un veraneante de pantalones color cobrizo.

-No. Diariamente, no -contesta sombrío Saikin-. Mi mujer y mi hijo residen aquí siempre, mientras que yo vengo dos días a la

semana. No tengo tiempo de venir todos los días y, además, sale caro.

-¡Y tanto que sale caro! -suspira el de los pantalones color rojizo-. Primeramente, en la ciudad no puedes ir a pie hasta la estación y tienes que tomar un coche...; luego, el billete, que cuesta cuarenta y dos kopekas... Después, en el camino, que si te compras el periódico..., o incurres en la debilidad de beberte una copita de vodka... ¡Todos gastos pequeños... insignificantes!... ¡pero al final del verano resulta que se te han ido doscientos rublos! Claro que tiene más valor el poder disfrutar de la Naturaleza... , eso no lo voy a discutir... La vida bucólica... Pero hay que tener en cuenta lo que son nuestros sueldos de funcionarios. Por usted mismo sabrá que las kopekas están contadas... y que si se descuida uno gastando, luego no duerme en toda la noche... ¡Así es!... Yo, señor mío... (no tengo el gusto de conocer su nombre), cobro cerca de dos mil rublo; al año... tengo el grado de consejero civil..., y fumo tabaco de segunda y no me sobra un rublo para comprarme el agua mineral de

Viehy que me ha si-do prescrita por el médico, para las piedras del hígado.

-Todo, en general, es desagradable -dice Saikin después de un corto silencio-. Por mi parte, sustento la opinión de que la vida veraniega ha sido inventada por los diablos y por las mujeres. A los diablos les mueve la maldad, y a las mujeres su extrema inconsciencia. Porque esto no es vida..., ies un infierno! ¡Las galeras!... El calor no te deja respirar, y aunque te sofoques, tienes que andar de un lado para otro como un condenado, sin contar un momento de tranquilidad. En la ciudad estás sin muebles.... sin servicio... ¡Todo se lo llevaron a la dacha!... En cuanto a alimentarte, isabe el diablo con qué te ali-mentas!... El té no lo puedes tomar, porque no hay nadie que pueda prepararte el samovar... No te lavas, y cuando llegas aquí, o sea a la plena Naturaleza, tienes que darte una caminata a pie a través del polvo y con calor... ¡Puf!... ¿Está usted cansado?

-Sí, señor..., y tengo tres nenitos -suspiran los pantalones color rojizo.

-En general, itodo es desagradable! Lo sencillamente asombroso es que vivamos todavía.

Por fin, los veraneantes llegan a la colonia, y Saikim, despidiéndose de los pantalones rojizos, se dirige hacia su dacha.

En su casa, un silencio mortal le sale al encuentro. Tan solo se percibe en ella un zumbido de mosquitos y las peticiones de auxilio de una mosca caída para la cena de una araña. A través de las ventanas, de las que cuelgan cortinillas de muselina, se divisan flores de geranio ya comenzando a marchitarse. En las paredes de madera, desprovistas de pintura, junto a algunas oleografías, dormitan las moscas. Ni en el zaguán, ni en la cocina, ni en el comedor..., se ve un alma. Solo en la habitación que recibe al mismo tiempo el nombre de salón y el de sala, encuentra Saikin a su hijo Petia, chiquillo de seis años. Petia, sentado junto a la mesa, sopando fuertemente y alargando el labio inferior, está ocupado en recortar con unas tijeras el valet de carreau de una baraja.

-¡Ah! ¿Eres tú, papá! -dice, sin volver la cabeza-. Hola.

-Hola. ¿Dónde está tu madre?

-¿Mamá?... Se fue con Olga Kirillovna al ensayo del teatro. Pasado mañana es la función y me van a llevar a mí...

-¿Y tú vas a ir?

-Ssssí...

-¿Cuándo va a volver?

-Ha dicho que volvería al anochecer.

-Y Natalia, ¿dónde está?

-Mamá se la llevó para que la ayudara a vestirse en la función, y Akulina se fue al bosque, por setas.

-Papá..., ¿por qué cuando pican los mosquitos se les pone la tripa roja?

-No sé... Porque chupan la sangre... Entonces, ¿no hay nadie en casa? -Nadie. Estoy yo solo. Saikin se sienta en la butaca y mira por la ventana con los ojos embotados.

-Y entonces, ¿quién nos va a servir la comida? pregunta.

-Hoy no han hecho comida, papá. Mamá pensaba que tú no vendrías, y dispuso que no

se hiciera comida. Ella y Olga Kirillovna van a comer durante el ensayo.

-¡Vaya... vaya!... Y tú, ¿qué has comido?

-Yo he comido leche. Para mí trajeron seis kopeks de leche. Papá..., ¿y por qué chupan la sangre los mosquitos?...

A Saikin le parece de repente que algo pesado le rueda por dentro hasta alcanzarle el hígado, al que empieza a chupar. De tal modo se siente enojado, ofendido y amargado, que tiembla y respira con dificultad. Siente ganas de pegar un brinco, de golpear en el suelo con algo duro y de enfadarse, pero recuerda que el médico le ha prohibido terminantemente ponerse nervioso. Haciendo un esfuerzo se levanta y se pone a silbar un pasaje de Los hugonotes.

-¡Papá!... ¿Sabes tú, trabajar en el teatro?

-oye decir a la voz de Petia.

-¡Aj!... ¡No me molestes con preguntas tontas! se irrita Saikin-. ¡Eres más pegajoso que una lapa! Ya tienes seis años y sigues tan tonto como hace tres. ¡Qué niño más tonto y más mal criado!... ¿Por qué, por ejemplo,

estropeas la baraja?...cómo te atreves a estropearla?

-La baraja no es tuya -dice Petia, volviéndose-. Me la ha dado Natalia.

-¡Miente, chiquillo mal criado! -se excita más y más Saikin-. ¡Estás siempre mintiendo! ¡Lo que hay que hacer es darte unos azotes, renacuajo! ¡Tirarte de las orejas!

Petia se levanta de un salto, estira el cuello y mira fijamente el rostro encendido y enfadado de su padre. Sus grandes ojos parpadean primero, luego se humedecen y la cara del niño se contorsiona.

-Pero ¿por qué te enfadas? -chilla Petia-. ¿Qué te he hecho yo, tonto?... ¡No he hecho nada malo..., no he hecho ninguna travesura..., y tú te enfadas... ¿Y por qué te enfadas conmigo?...

El pequeño habla con acento convincente y llora con tal amargura que Saikin se siente avergonzado.

"Es verdad -piensa-. ¿Por qué le fastidio?

-Bueno, bueno... -dice, cogiéndole por un hombro-. La culpa es mía, Petiuja...

Perdóname... Lo que eres es un niño muy listo, muy bueno, y yo te quiero mucho.

Petia se enjuga los ojos con la manga, se sienta en el mismo sitio que antes y se pone a recortar la dama de carreau. Sakin entra en su despacho, se tumba en el diván con las manos debajo de la cabeza y queda pensativo. Las recientes lágrimas del chiquillo han quebrantado su enfado y el hígado se le ha ido aliviando poco a poco. Lo único que siente es cansancio y hambre.

-¡Papá! -oye decir a través de la puerta-. ¿Quieres que te enseñe mi colección de insectos?

-¡Sí!... ¡Enséñamela! Fetia entra en el despacho y presenta a su padre un cajoncito largo, de color verde. Ya antes de tenerle escarabajos, saltamontes y moscas clavados con alfileres cerca, Saikin ha percibido un zumbido desesperado y el arañar de unas patitas contra las paredes de la caja. Levantando la tapa, ve una infinidad de mariposas al fondo de la caja. Todas, salvo dos o tres mariposas, viven todavía y se agitan.

-¡El saltamontes aún está vivo! -se asombra Petia-. ¡Le cogimos ayer por la mañana y todavía no se ha muerto!

-¿Quién te ha enseñado a clavarlos así?

-Olga Kirillovna.

-Pues a quien habría que clavar es a Olga Kirillovna -dice Saikin, con repugnancia-. ¡Qué vergüenza! ¡Martirizar a los animales!...

"¡Dios mío!... ¡Cuán terriblemente mal se le educa!", piensa cuando se marcha Petia.

A Pavel Matveevich ya se le han olvidado el cansancio y el hambre, y solo piensa en el destino de su pequeño. Mientras tanto al otro lado de las ventanas la luz va apagándose lentamente. Se oye a los veraneantes que vuelven en pequeños grupos del baño de la tarde. Alguien se detiene ante su ventana abierta del comedor y grita:

-¿Quieren setas?

Como nadie le contesta, se aleja chapoteando con los pies desnudos.

Pero cuando el crepúsculo se hace tan denso que ya los geranios que se divisan a través de los visillos de muselina pierden sus contornos y por la ventana empieza a entrar

el frescor de la noche... escuchan pasos rápidos, charlas y risas.

-¡Mamá! -chilla Petia.

Saikin se asoma por la puerta del despacho y ve a su mujer, Nadejda Stepanovna, con su aspecto sonrosado y saludable de siempre. Con ella está Olga Kirillovna, mujer rubia y seca, de rostro pecoso, y dos hombres desconocidos. Uno de ellos es joven, alto, de cabellera rojiza y rizada y nuez prominente. El otro es de pequeña estatura, rollizo, y tiene un rostro de actor, afeitado, en el que resalta la barbilla oscura y torcida.

-Natalia, prepara el samovar -dice Nadejda Stepanovna haciendo crujir los pliegues de su vestido-. Me parece que ha llegado Pavel Matveevich. ¿Dónde estás, Pavel?... ¡Hola, Pavel! -dice, entrando corriendo en el despacho y respirando anhelosamente-. ¿Ya has llegado?... Estoy contentísima. Traigo conmigo a otros dos aficionados. Ven que te los presente. El más alto es Koromislov... ¡Canta que es una maravilla!... El otro, el bajito, es Smorkalov... ¡Enteramente un

actor! ¡Lee prodigiosamente! ¡Ay!... Estoy cansada... Acabamos de terminar el ensayo... Todo marcha a las mil maravillas. Vamos a hacer El huésped del trombón y Ella le espera. La función será pasado mañana.

-¿Para qué les has traído? -pregunta Saikin.

-¡No tenía más remedio, papaíto!... Después del té tenemos que repasar los papeles y cantar alguna cosa, Koromislov y yo cantamos a dúo. ¡Ah!..., que no se olvide... Haz el favor, querido, de mandar a Natalia por unas sardinas, un poco de vodka, queso y alguna que otra cosa. Seguramente se quedarán a cenar. ¡Uf, qué cansada estoy!...

-¡Hum!... No tengo dinero.

-No hay más remedio, papaíto... ¡Es violento! ¡No me hagas ponerme colorada!...

Media hora después sale Natalia en busca del vodka y de los entremeses. Después de beberse su té y de comerse un panecillo francés, Saikin se retira a su dormitorio y se acuesta mientras Tadejda Stepanovna y sus invitados, entre risas y ruido, se ponen a

ensayar los papeles. Durante largo rato escuchó Pavel Matveevich la voz nasal de Koromislov leyendo y las exclamaciones declamatorias de Smerkalov... A la lectura sigue una larga peroración interrumpida por la risa chillona de Olga Kirillovna. Con el tono autoritario de un actor de veras, aplomo y valor, Smerkalov explica los papeles. Luego viene un dúo, y después un ruido de vajilla... Sailin, entre sueños, oye cómo suplican a Smerkalov para que lea *La pecadora*, y cómo aquel, después de hacerse rogar, empieza su recitación. En ella silba, se golpea el pecho, llora y ríe con voz ronca de bajo...

Saikin hace una mueca de desairado y mete la cabeza bajo la manta.

-Van ustedes demasiado lejos y esta muy oscuro -oye decir al cabo de una hora a la voz de Nadejda Stepanovna-. ¿Por qué no se quedan a dormir?... Koromislov se puede echar aquí, en el salón sobre el diván, y Smerkalov en la cama de Petia. A Petia se le pone en el despacho de mi marido. ¿Verdad?... ¡Quédense!

Por fin, cuando el reloj da las dos de la madrugada, todo queda inmóvil. La puerta del dormitorio se abre y aparece Nadejda Stepanovna.

-¡Pavel!... ¿Estás dormido?... -murmura.

-No. ¿Por qué?

-Querido..., vete al despacho y échate en el diván para que pueda acostarse aquí Olga Kirillovna. ¡Anda, querido..., ve! Yo la hubiera puesto en el despacho pero le da miedo dormir sola. ¡Anda..., levántate)

Saikin se levanta, se echa encima una bata y cargado con la almohada, se arrastra hacia el despacho. Cuando alcanza a tientas el diván, enciende una perilla y ve a Petia echado encima de éste. El chiquillo no duerme y con ojos muy abiertos mira la cerilla.

-¡Papá!..., ¿por qué no duermen los mosquitos por la noche?...

-Porque..., porque... tú y yo estamos aquí de sobra. No tenemos ni siquiera un sitio en donde dormir.

-¡Papá!... ¿y por qué Olga Kirillovna tiene pecas en la cara?

-¡Ah!... ¡Déjame! ¡Me aburres!

Después de pensarlo un poco, Saikin decide vestirse y salir a la calle para refrescarse. Allí contempla el cielo gris matinal, las nubes inmóviles. Escucha el perezoso grito del rascón adormilado y empieza a soñar con el día de mañana, en el que ya otra vez de vuelta en la ciudad y regresando del Juzgado, podrá echarse a dormir. De una esquina surge de pronto una figura humana.

"Seguramente el guarda", piensa Saikin. Pero luego, cuando ésta se le aproxima y puede verla más detenidamente, reconoce en ella al veraneante de los pantalones rojizos, conocido la víspera.

-¿No duerme usted? -pregunta.

-No... No tengo sueño -suspiran los pantalones rojizos-. Me estoy recreando en la Naturaleza. Sabe usted..., a mi casa, en el tren de la noche, nos llegó una querida huéspedada..., la mamá de mi mujer. Vinieron con ella mis sobrinas, unas muchachas excelentes... Estoy muy contento, aunque... ¡Hace mucha humedad!..., ¿no es cierto? ¿Y

usted?... ¿Ha salido usted también a recrearse en la Naturaleza?

-Sí... -muge Saikin-. También yo me estoy recreando en la Naturaleza... Diga... ¿Sabe si por aquí cerca hay alguna taberna o restaurante?

Los pantalones de color rojizo alzan los ojos al cielo y quedan profundamente pensativos.

FIN